

FINALISTA ESTATAL



EL ÚLTIMO TEMPLARIO

Lucía Bernardo Sánchez (Asturias)

El restaurante se encontraba abarrotado de gente. La suerte parecía sonreírme; nadie advertiría mi súbita desaparición. Me sitúe en la semioscuridad de la entrada a la bodega, y procurando no ser vista, giré el anillo de mi dedo angular en distintas direcciones y de repente, todo se fragmentó. Antaño me habría aterrorizado. Pero ahora no era más que una rutina.

Un haz de luz brotó de mi anillo, y la inmensidad que me rodeaba volvió a unirse. Parpadeé con rapidez, y advertí que me encontraba en un callejón. Las viviendas colindantes, si mis ojos no me engañaban, eran claramente medievales. Me desprendí de mi gabardina y la arrojé al suelo de cualquier manera, quedándome únicamente con un harapiento vestido grisáceo. Me alejé del callejón, y el olor de una multitud no muy aseada golpeó mi olfato. Resistí la tentación de dar media vuelta y avancé hacia donde la plebe se agolpaba. Observé que estaba en una plazoleta, en cuyo centro se encontraban un montón de leños sobre los que se alzaba una especie de tronco. Un estremecimiento recorrió mi espalda; era una pira. A su alrededor, algunos sacerdotes y obispos conversaban con la alegría propia de quien logra acabar con su némesis. Entre la gente, niños famélicos correteaban tras gatos igualmente famélicos.

Sin duda alguna, aquello era París en el año 1314. A base de empeño y empujones, me acerqué lo máximo posible a la pira. Y entonces se hizo el silencio. Un hombre se aproximaba a la pira, flanqueado por sus imponentes guardianes. Dirigió una mirada desafiante al clero allí presente. Su fiera mirada me hizo reconocerlo: Jacques de Molay, el legendario

caballero del Temple. Uno de los hombres que le rodeaban le pateó la entrepierna, y el desafío lanzado se desvaneció en el aire.

Mientras pensaba la manera de llegar a él, fue arrojado sin miramientos a la pira. Le ataron fuertemente de pies y manos, y alguien se carcajeo entre la multitud. Un hombre de ropajes caros se acercó ceremoniosamente al templario con una antorcha prendida en la mano, y exclamó con una sonrisa de suficiencia:

- ¡Vamos, de Molay! ¿Acaso se ha desvanecido tu autoproclamada valentía?

- Yo te maldigo –respondió Jacques–. Morirás entre horribles dolores, lejos de tu familia y sin sepultura digna. Se te hincharán los ojos y los dientes se te pudrirán. Sentirás en infierno en tus entrañas. Y todos los que habéis destruido la Orden sufriréis la misma tortura.

La gente se quedó paralizada. Era mi oportunidad. Corrí hacia de Molay y logré situarme a su lado.

- El... Tesoro... del Temple – jadeé.

Y fue en ese momento cuando alguien me agarró por la cintura y me alejó en volandas de allí. Miré desesperadamente hacia la pira. Ya había comenzado a arder. Entre el humo logré vislumbrar los labios de Jacques articulando una palabra: Salomón. Eso era todo lo que necesitaba; el emplazamiento del Tesoro Templario no volvería a ser un secreto.

Me llenó una sensación de triunfo y conseguí sacar de la nada las fuerzas necesarias para alcanzar con la mano mi anillo y girarlo.

- Au revoir, antiguo París –murmuré en un pésimo francés antes de desaparecer.

Me levanté dando tumbos del asfalto, mientras algunas personas me miraban asombradas. A su vez, miré con orgullo mi anillo. Mi pequeña

máquina del tiempo seguía intacta. Y ojalá continuase así, hasta que los grandes misterios de la humanidad no fuesen más que agua pasada...